



¿ERES UNIVERSITARIO Y VOLUNTARIO? QUEREMOS AYUDARTE

En la Fundación Mutua Madrileña convocamos la III Edición de nuestros Premios al Voluntariado Universitario. Podéis consultar las bases y presentar vuestras iniciativas en www.premiosvoluntariado.com hasta el 31 de octubre de 2015.

FUNDACIÓN
MUTUA MADRILEÑA
Nuestra forma de ser

[STORE](#) [Mapa](#) [Autores](#) [Librerías](#) [Agenda](#) [Publicidad](#) [Tarifas](#) [Contactar](#) [Aviso legal](#) [Jot Down](#) [Oeldiario.es](#)

JOT DOWN

contemporary culture mag

Louise Bourgeois. He estado en el infierno y he vuelto

[Opinión](#) | [Arte y Letras](#) | [Cine-TV](#) | [Deportes](#) | [Ciencias](#) | [Música](#) | [Vicio](#) | [Blogs](#) | [Entrevistas](#)

Sin categoría

Nunca abandonarás Harlan con vida (a propósito de Justified)

Publicado por **Alberto N. García**



Fotografía: FX Network / Sony Pictures.

Este artículo contiene **SPOILERS**

Robert Quarles: Voy a matarte, Raylan. Quizás no esta noche, quizás no mañana, pero algún día, estarás caminando por la calle, y voy a meterte una bala justo detrás de la cabeza, y vas a caer.

Raylan Givens [dispara al techo]: ¿Por qué esperar? (3.10)

En el condado de Harlan, Kentucky, ser duro no es una opción, sino el primer mandamiento. Raylan Givens es quien mejor predica esa Biblia: «Si me haces desenfundar, te liquido», avisa ya desde el episodio piloto. Jamás

Nuevo

Así que quieres ser presidente...

Roger Senserrich

Nunca abandonarás Harlan con vida (a propósito de Justified)

Alberto N. García

¿Qué escultura parece que fuera a cobrar vida?

Jot Down Magazine

La maldición del ego del arquitecto

Álvaro Corazón Rural

Vivimos en la puta Matrix, muy probablemente

Enrique F. Borja

Los elefantes blancos de Brasil

Arturo Lezcano

In memoriam: Christopher Lee

Pedro Torrijos

De Pandora a Ava: en busca de la mujer perfecta

Javier Bilbao

Un caso práctico del complemento directo preposicional: mis tetas

Yolanda Gándara

Hi!

Raquel GU

Opinión

Tonto el que lo escriba

Cristian Campos

Todo sobre Rato

Tsevan Rabtan

Deseos humanos

José Antonio Montano

Diez libros que habría lamentado perderme en 2014

Enric González

Las matemáticas que nos curan

Clara Grima

rehúye un duelo ni pospone una pelea. Con revólver humeante o sin él, Raylan Givens siempre acude puntual a su cita con el peligro.

Seis años después de aquella primera amenaza disfrazada de promesa, Harlan ha cerrado [el círculo](#). *Justified* —la grandiosa *Justified*— se despidió sin renunciar a ninguno de los ingredientes que han hecho de ella un *bourbon* inaudito, de sorbo largo y adictivo: estructura de wéstern, moralidad *noir*, humanismo a raudales, diálogos sulfúricos, acentos arrastrados, tóxicas herencias paternas y esa intensidad emocional, hirviente, que caracteriza al melodrama sureño. Pero, sobre todo, *Justified* (en España por [Calle 13](#)) entonó su última balada con una sensacional [sexta temporada](#) que confirmaba el mantra: en la última década seguro que ha habido series más complejas y profundas, pero ninguna tan gloriosamente entretenida como *Justified*.

Obviamente, una sentencia así hay que encararla a porta gayola. Hala: en demasiadas ocasiones el gafapastismo imperante (entiéndase el término como metáfora, no estrictamente como atuendo) ha liderado una falsa batalla entre diversión y hondura. Como si la «infancia recuperada» careciera de complejidad. Como si desde *Crimen y castigo* hasta *Breaking Bad* no rebosaran ejemplos que desmontan la falsa dicotomía. Pero es necesario —¡esto es *Jot Down Magazine*, demonios!— poner la venda antes de exhibir la herida: *Justified* es capaz de resultar salvajemente entretenida mientras enhebra una reflexión sobre la moralidad de la venganza, el determinismo de las raíces, la noción de comunidad, el ansia de redención o el sentido —y los límites— de la violencia legítima cuando está en juego el orden social. Es todo eso. Y un preciso y atormentado estudio psicológico. Porque, deshojada, *Justified* es básicamente la historia de dos hombres que codician salvar su alma: Raylan Givens y Boyd Crowder.

Raylan Givens (el mejor **Timothy Olyphant**) es un vaquero samurái. El terremoto circula por dentro, cuando pierde el **Stetson**. Aunque lo disimule tras su valentía, es un ser complejo. Atribulado. Repleto de contradicciones. Una roca que se caracteriza más por sus —aparentemente invisibles— fisuras que por su publicitada rocosidad. Es un marshal letal y decidido, pero también un hijo rabioso y doliente, un marido tierno y patoso, un compañero de trabajo a ratos leal, a ratos un grano en el culo. Y un ejecutor de sangre fría y remordimientos calientes. Un hombre: con todas sus astillas.

Boyd Crowder (interpretado por el eléctrico **Walton Goggins**, inolvidable Shane en *The Shield*) es un purasangre del crimen, un pico de oro capaz de convencer a su madre de que el infierno es un lugar donde hace falta un chal para no enfriarse. Un tipo con carisma, seductor, enigmático, eficaz, iluminado, malvado, dinamitero.

Fueron al mismo instituto y extrajeron carbón juntos. Se quieren. Y se detestan a muerte.

Raylan: Creo que adoras cualquier cosa que te permita apoyar por la noche tu cabeza en la almohada pensando que no eres el malo.

Boyd: ¿Sabes lo que me pregunto? Qué te dices a ti mismo por las noches, cuando apoyas la cabeza en la cama, para despertarte pensando que no eres el malo. (4.13)

La maldición de Harlan

Una de las razones por las que cuesta un pelín entrar en el universo de Harlan es por lo irregular de su primer año. Se toma su tiempo en encontrar el tono. Basada en *Fire in the Hole* —un relato de **Elmore Leonard**, estandarte del *noir* estadounidense—, *Justified* se presenta como una variación aromática y *hillbilly* del procedimental policiaco, a ritmo de banjos, armónicas y contrabajos. Sin embargo, sin que uno se dé cuenta, la serie va ganando capas de pintura y en «Hatless» (1.9) vemos explícitamente cómo el héroe, que comenzó como un Robocop implacable, pierde su sombrero y le supuran debilidades, complejos paternos, dudas existenciales... La trama horizontal empieza a bracear, en conjunción con el intento de renacimiento de su némesis, Boyd Crowder. ¡Y zas! De repente, el espectador se encuentra ante un universo muy singular, pinturero: Harlan County, un condado que cuenta hasta [con un Óscar](#), cuya lectura sociopolítica sirve para entender las gentes y el perímetro por el que discurre *Justified*.

Hay series pegadas al paisaje y *Justified* emplea el Loctite. El primer regate de la serie dribla a quienes, perezosos, se dejan arrullar por el tópico geográfico y la superioridad moral. A esa legión que desdeña el interior de EE. UU. —ese país que discurre entre el cosmopolitismo de Nueva York y los *flashes* de Los Ángeles— por estar compuesto por un montón de paletos blancos que votan republicano y parecen habitar un *Deliverance* perpetuo, *Justified* les pegará una patada en la espinilla. Mejor: en los huevos. No porque los protagonistas pasen la hora del té reflexionando sobre el posmarxismo de **Zizêk**, sino porque los *hillbillies* también sufren, rezan, piensan, roban, conspiran y aman. *Singlamour*, pero con verdad. En definitiva, porque en [Harlan](#), Kentucky también experimentan esa cosa tan rara llamada vida.



Organiza: **german films** Con la colaboración de: **GOETHE INSTITUT** Embajada de la República Federal de Alemania Madrid

JOT DOWN #11: ¿Quién dijo miedo?
+ Bloc "Jaws"
+ Nido de pesadillas

30 €



Revista de Libros

- Al límite**, de Thomas Pynchon: un verte dero con estructura
Andrés Ibáñez
- Naomi Klein: El capitalismo contra el clima**
Ernesto Castro
- ¿Dónde y cuándo nació el racismo moderno?**
Anthony Oberschall
- La independencia catalana**
José María Ruiz Soroa
- Los peligros de la moralización de la política**
Manuel Arias Maldonado
- El papa ante el cambio climático**
Francisco García Olmedo
- Debate: ¿Conviene o no reformar la Constitución**
Antonio Arroyo
- J. K. Rowling: de Harry Potter a la novela negra**
Eugenio Fuentes
- Por qué no comprendemos a los clásicos**



Fotografía: FX Network / Sony Pictures.

Para entender esta mentalidad hay que recurrir al consejo que el novelista Elmore Leonard regaló al equipo de guionistas: «Haced a los personajes interesantes y respetables. No les dejéis ser estúpidos». Así es como *Justified* logra personajes de carne y hueso, creíbles, ya sean alivios cómicos o siluetas griegas: queriendo a sus criaturas, entendiéndolas. Y desde ese cariño hacia una tierra y su peña *Justified* ha logrado configurar un tono propio, original, con la decadente atmósfera de vieja gloria minera, ahora arrasada, por donde revolotean los buitres esquilmando las sobras y el aire familiar de una ciudad de provincias con un acento arrastrado, gangoso, de vocales cerradas.

Entre persecuciones, tiros y vaciles toreros, *Justified* radiografía un microcosmos fascinante, envenenado, donde el pasado irradia un imán funesto, una maldición paradójica: todos quieren escapar regresando una y otra vez a Harlan. «Raylan, ¿por qué has vuelto?», le preguntaba Winona a su exmarido en el piloto. Básicamente, Raylan Givens ha vuelto a Harlan para hacer las paces. Consigo mismo. Aunque le lleva un tiempo —seis temporadas— darse cuenta de que la identidad no viene determinada por el accidente del lugar donde uno nace. Por eso huye y se pelea y se enfada con su ascendencia y sus recuerdos: porque Raylan Givens detesta su origen, ese —a ratos siniestro, a ratos melancólico— «lo que somos».

Solo así —desde el espejismo de la huida de sí mismo— se entiende la obsesión de Raylan Givens por dar caza a Boyd Crowder: son las dos caras de una misma moneda. O solo desde esa perspectiva ancestral se degusta la perfecta segunda temporada: los Bennett, los Givens y los Crowder se han estado zurrando durante los últimos setenta años. «¡No tienes que hacerlo!», llora Dickie antes de ser ajusticiado; Raylan, apuntándole a la sien, le replica: «Por supuesto que sí. Esto es lo que somos, Dickie». Lo que somos, el destino, ese tranvía del que no puedes bajar, tan presente en las coordenadas del cine negro clásico. Por eso Boyd Crowder simplemente amaga con la redención, por eso Arlo Givens clama venganza y por eso los Bennett desatan el salvaje Oeste en el tramo final. ¡¡Es lo que son!! Como en esas guerras atroces que desangraron Yugoslavia o desgarran países africanos, ya no importa quién ni cuándo tiró la primera piedra. La espiral de violencia está en marcha y reclama su cuota de sangre: «Esta bala ha estado en camino durante veinte años», le espeta Doyle a un inerme Raylan. Y la espiral, enloquecida, sigue rodando. Ya lo anuncia la melodía más emblemática de la serie, ese *country* trágico —«You'll Never Leave Harlan Alive»— que escuchamos mientras Raylan Givens contempla la tumba que tiene a su nombre en el jardín de casa. Esperándolo. La maldición de Harlan. «Lo que somos».

¿Puede haber una salida? ¿Es posible burlar al Destino?

La familia como problema y como solución

Raylan Givens es un hombre que no encuentra su lugar en el mundo y que tu padre quiera liquidarte, en efecto, tampoco ayuda a encontrarlo. La desquiciada, violenta, fantasmagórica incluso, relación de Raylan con su progenitor eleva la serie a un terreno mítico, de fragancia *sofoclada*. «Bésame. El. Culo» puede ser el piropeo más lindo que les escuchamos. Y sus «caricias» alcanzan el terciopelo de un puñetazo, unos grilletes o, incluso, un disparo de bala. Ríete tú de Edipo y sus mandangas. Aun así, lo más desasossegante es cómo esa enfermiza herencia paterna sobrevuela cualquier campo de tiro: «Bien, ¿qué ojos vas a ver cuándo me mates, Raylan? ¿Los de tu padre», le pincha Boyd en un capítulo memorable (6.12).

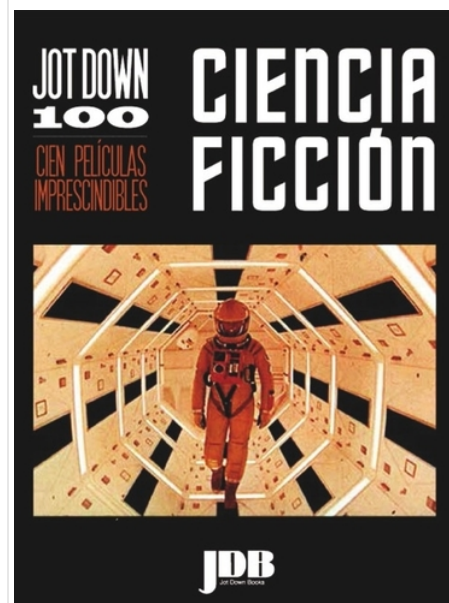
Sin embargo, a pesar de esa pegajosa mancha de aceite, la paradoja es que en *Justified* la familia es un problema, sí, pero al mismo tiempo es la única autopista de salvación. Tía Helen, Winona, una ecografía, una palmadita en el vientre, un helado en Miami, un pequeño Zacarías... En sus momentos de desconcierto, Raylan regresa al espejismo del hogar, a las afueras del odio. A la familia. Porque es de lo que está hecho el mundo. Y tendrá que aplicarse para romper el círculo vicioso, el maleficio de Harlan, ese que hace que Mags devore a sus hijos y Arlo apadrine a Boyd mientras tirotea sombras con sombrero.

Ahí, precisamente ahí, es donde la serie adopta una decidida postura moral. Como ejemplifica la propia pugna

Martín Schifino

Manuel Arroyo, Andrés Trapiello y la sombra alargada de Bergamín

Andrés Trapiello



Agenda Cultural Jot Down

Clásicos y raros. Club de lectura de Alba y Alberti

Martes, 16 junio, 2015

Madrid

'Jot Down: haciendo las cosas al revés' en Marte FERIA Internacional de Arte

Martes, 16 junio, 2015

Castellón

Tertulia filosófica: 'Internet y política.

Influencias recíprocas'

Martes, 16 junio, 2015

Madrid

'La conjura de los necios', de John Kennedy

Toole. Ciclo de Lectura: Tipos psicopatológicos

Martes, 16 junio, 2015

Madrid

MARTELAB en la Bienal Incubarte de Valencia

Jueves, 18 junio, 2015 - Domingo, 21 junio, 2015

Valencia

15 Aniversario de la Editorial Páginas de

Espuma, con Clara Obligado y Eloy Tizón en La

Puerta de Tannhäuser

Sábado, 20 junio, 2015

Plasencia

Clásicos y raros. Club de lectura de Alba y

Alberti

Martes, 23 junio, 2015

Madrid

Clásicos y raros. Club de lectura de Alba y

Alberti

Martes, 30 junio, 2015

Madrid

Agenda completa

interior de Raylan, la peripecia de *Justified* erige una lucha continúa entre venganza y justicia. Valen las mayúsculas: Venganza y Justicia. Es la ambigüedad de Raylan: unas veces actúa como marshal y otras muchas merodea a título propio. Pero lo más interesante es cómo los personajes son conscientes de que el Mal que generan acabará por volverse contra ellos. El alcance de este efecto *boomerang* se multiplica en la sexta temporada, donde el relato se depura, argumentalmente hablando, para regresar echando humo hasta la casilla de salida:

Una estructura elástica

Hay que fiarse de un productor ejecutivo, **Graham Yost**, que afirma que el lema «de la serie es darle al público lo que espera, pero de manera inesperada». Así se entienden mejor los célebres «duelos interruptus» de la serie... y los duelos consumados, claro. Desde el primero —a los dos minutos de comenzar el piloto— hasta el último, en una *series finale* tan sincopada como entrañable. Porque ahí respira ese afán por innovar, por no repetirse, por buscar el aplauso de la gente que te ve quebrándoles la cintura sin sacarles del partido. Cualquier duelo en *Justified* siempre desenfunda con sorpresa.

La serie no es perfecta, ni mucho menos, pero ese afán innovador que describía Yost nos permite entender los riesgos que toma la estructura. También ese empuje creativo explica que la estructura de la serie haya variado cada año. La **primera** temporada era, sobre todo, un procedimental que tarda en agarrar velocidad de crucero. La **segunda** retrataba a un poderoso clan enemigo, de forma tan perfecta que dejaba ver por qué la serie se postulaba para la Champions. La **tercera** apuraba un todos contra todos con un megavillano de fondo al que al final acaban faltándole algunos colacaos y trankimazines. En la **cuarta** apostaron por el misterio en largo, con una tanda de nuevo soberbia. En la quinta, ay, la quinta reclama tomar aire con un punto y seguido. La **quinta** temporada de *Justified* cría cuervos que le sacan los ojos; es la más floja y deslavazada, un tropiezo que pretendía mover las fichas recomenzando en 5.6 y amagando un *crossover* con *Orange is the New Black*. Sin embargo, el relato se redimió en su sexta y última temporada, la que, a pesar de ciertos agujeros argumentales, embocó el triángulo *amorodioso* entre Boyd, Ava y Raylan, saldando deudas y cerrando carpetas de forma agónica y vibrante.

Esta elasticidad convierte a *Justified* en exponente privilegiado de lo que **Robin Nelson** bautizó como «**flexi-relato**». Hay escaramuzas que ocupan un capítulo, subtramas que se prolongan durante varias semanas, personajes ocasionales que van y vienen (Vasquez, Constable Bob), misterios de temporada (¿Quién diablos es Drew Thompson?, ¿quién «vendió» al marido de Katherine?) y conflictos atávicos que se arrastran desde el piloto (el odio paternal entre Raylan y Arlo o ese chalaneo entre el besito en los morros y la patada en la espinilla que se trajinan Boyd y Raylan).



Jot Down #10: Filias y fobias
+ Bloc “Han & Leia”
+ Off the Record

30 €

Buscar

Buscar

Hemeroteca

Hemeroteca

Elegir mes

Social Media



Suscribirse a nuestros contenidos

Nombre:

Introduce tu nombre

Dirección de correo:

Introduce tu email

Suscribirse



Fotografía: FX Network / Sony Pictures.

Esta flexibilidad evidencia cómo los guionistas miman la trama y consiguen que la parte procedimental de cada capítulo se integre con las historias de fondo, con una brillantez que solo manejan actualmente *The Good Wife*, *Hannibal* o, hace años, *The Shield*. Graham Yost y su tropa de guionistas han sabido configurar un «ecosistema» en Kentucky donde los personajes pueden crecer si la historia lo demanda. Quizá el único lunar sean dos de los secundarios habituales, que siempre han dejado la sensación de que quedaba potencial por explorar (más Rachel que Tim, tan letal él con su escopeta como en sus piques con Raylan). Por ejemplo, el amigo Shelby (un siempre estupendo **Jim Beaver**) ya aparecía en la segunda temporada, como un esporádico al que le parten los dientes; en la tercera ganó terreno y, ¡pum! su personaje explota de forma inesperada (y muy jugosa) en el cuarto año. Algo similar le ocurre a Ellen May, esa prostituta tontaina que adensa su complejidad cuando descubre a Dios. O Mike, el escudero de Wynn Duffy quien, de repente, sufre un seísmo en sus códigos, su léxico y su Pachelbel para convertirse en uno de los asombros emotivos de la última entrega.

Personajes dispuestos a trabajar de inmediato

Hace unas semanas, **Enrique Vila-Matas** recordaba [en El País](#), a cuenta de **Luis Buñuel**, la fascinación que **Ford Madox Ford** y **Joseph Conrad** sentían por un personaje de **Maupassant** cincelado con un solo disparo: «Era un caballero con patillas rojas que siempre pasaba el primero por una puerta». «Ese caballero —decía Ford— está tan bien conseguido que no necesitamos saber nada más de él para comprender cómo actúa. Ya está *hecho* y podemos ponerlo a trabajar de inmediato». Algo similar ocurre en *Justified* con muchos de sus personajes ocasionales: trazos vigorosos y definitivos. En el 3.5 hay una secuencia que describe con magisterio esta precisión entomológica en la escritura de *Justified*. Un secundario recurrente (el lelo de Dewey Crowe) emprende una persecución contra reloj, pensando que le han birlado los dos riñones, así, como suena. Desquiciado, entra a punta de pistola a una tienda de comestibles. Correteo nervioso. El dueño, un vejete afable, le recrimina por dos veces que blasfeme en su presencia. Al tercer «God damn it!» de Dewey, el anciano saca su escopeta de debajo del mostrador y la emprende a tiros por tomar el nombre de Dios en vano... ¡Esto es definir un personaje en menos de quince segundos y lo demás son pampelinas!

Este mérito hay que atribuirlo también a los productores ejecutivos, capaces de mantener una constelación de estrellas pendiente de la evolución del relato, deseando estar ahí cuando se les requiera, como ocurre con la fascinante adolescente que interpreta **Kaitlyn Denver**. Algo similar le ocurre al solvente y enigmático **Mykelti Williamson**: era uno de los pilares de la tercera temporada; en la cuarta y la sexta solo asoma en un par de capítulos. La bella **Natalie Zea** (enfrascada en *The Following*) ha mejorado mucho a su Winona al exponerla solo lo justo y necesario, a partir de la cuarta temporada. ¿Que un actor tan solvente como **Garret Dillahunt** no puede comprometerse para toda una temporada? *No problem*: adaptamos su papel en la última temporada a solo ocho capítulos y movemos banquillo metiendo en pista a **Jonathan Tucker** para que encarne al escalofriante Boon, **ese canalla** en busca de mito y sombrero. Y así con muchos otros intérpretes.

En consecuencia, es lógico que *Justified* exhiba la galería de villanos y personajes ocasionales más sabrosa de la serialidad contemporánea, una tropa tan viscosa como divertida y fascinante: desde un par de *brotha* capaces de declamar a **Shakespeare** (los hermanos Harris) o un espejo del Raylan del futuro (Eric Roberts en el 5.9), hasta el impagable morro torcido de un Avery Markham (**Sam Elliott**) o la frialdad anfibia de una Katherine Hale (**Mary Steenburgen**), una tipa capaz de decorar habitaciones de hotel a lo **Pollock**, con sesos desparramados.



Fotografía: FX Network / Sony Pictures.

Llama la atención que en un canal americano con un *target* masculino (FX) haya tantas mujeres de armas tomar. Mags Bennett, una villana que descolocaría al feminismo radical, era la joya de la segunda temporada: pérfida, matriarcal... y abuela de lavadora y punto de cruz en sus ratos libres. Pero hay muchos otros personajes que no dudan en mear en su territorio escopeta en mano o, literalmente, a base de sartenazos y patadas en los cojones. La pequeña Loretta, Tía Ellen, Ava o Winona, el talón de Aquiles de Raylan. El rollo «damisela en apuros» no se lleva en Harlan...

Violencia y tono

En el minuto 2 del piloto se produce **la primera muerte**. Toda una declaración de intenciones. Esto no quiere decir que *Justified* cultive un tono hiperviolento, sino que, simplemente, se toma muy en serio las consecuencias de la trama. Esto genera un halo de autenticidad y de avance narrativo que la sitúa un escalón por encima de propuestas conservadoras —a pesar de su cáscara enfadada y hemoglobínica— como *Sons of Anarchy* o *Dexter*. *Justified* está jalonada de puntos de no retorno. Una historia minada donde las amenazas se cumplen... estallando.

Y, sin embargo, la violencia descarnada que pulula por el fondo de la trama dialoga con un tono ligero, despojado de solemnidad. Hay golpes de humor, camaradería y ese no-tomarse-muy-en-serio que planea por *Justified*, tan necesario para esa sutil distancia irónica que hace a la serie tan llevadera y apetecible.

Los destellos humorísticos sirven para quitarle hierro a la trama y, sobre todo, aumentar la frescura de los personajes. Esta escena del 3.8 («**Watching the Detectives**»): aparecen un par de sabuesos del FBI que interrogan a Raylan Givens, nuestro heroico marshal. Le recuerdan una escenita (**esta**) que protagonizó con otro testigo, al que le propinó un par de puñetazos y sobre el que, después, dejó caer la bala de la recámara mientras le amenazaba: «La siguiente llegará más rápido». Sus oponentes han usado esa bala para incriminarle en un crimen que no ha cometido. Entonces, en medio del interrogatorio, el tipo del FBI empieza a reírse mientras le grita admirado: «¡Puede que sea la frase más molona que he oído nunca!! ¿Te la inventaste tú solo?», «La escuché una vez en el *show* de **Johnny Carson**», responde Raylan. O sea, que en el coñeo hasta el protagonista cuestiona su propia dureza.

Pero, al mismo tiempo, *Justified* plastifica su violencia porque es una serie que, como hemos dicho, quiere a sus personajes, incluso a los que *a priori* parecen más despreciables. Sobran los ejemplos: aquel dinosaurio Artie, cojo, corriendo detrás de un antiguo fugitivo octogenario que arrastra una botella de oxígeno (**2.6**), Raylan Givens instalándole la televisión a la madre de Tanner, recién explotado (**3.9**), Colton Rhodes **eligiendo** un mal día para dejar de fumar (4.13) o el brutal Choo-Choo arrollado por el tren de su conciencia (**6.6**).

Es un tono como de misericordia. Las relaciones entre los personajes están atravesadas por el cariño, la autenticidad o, incluso, un giro pasional inesperado. Boyd Crowder bailando de alegría, Mags Bennet peinando a la hija que nunca tuvo, Ava despidiéndose de Ellen May, Arlo divagando con alzhéimer o el inefable Wynn Duffy llorando a su escudero o dándole una palmadita de ánimo a su odiado Raylan Givens, tras enterarse de esa muerte. Esos gestos que marcan toda la diferencia.

Es la proverbial humanidad de *Justified*. Una serie donde los héroes se humanizan mediante destellos cotidianos y los villanos se redimen exhibiendo su cara B. ¡Hasta la mayor sabandija puede ganarse la empatía del espectador! Dewey Crowe, un *hillbilly* vomitivo, nos obliga a ponernos de su lado en el simpático episodio de los riñones con patas (**3.5**) o nos arranca alguna lágrima mientras se despide de una vieja foto (**6.1**). Dickie Bennett inspira casi ternura en su patético antiheroísmo de manual y la traicionada lealtad canina de Carl (**6.11**) nos agujerea al alma.

Diálogos como balas

Raylan: ¿Es lo que crees que es esto, otra de tus historias de amor?

Boyd: Bueno, me gustan los finales felices.

Raylan: Pues esta es una de aquellas clásicas historias en la que el héroe atrapa a su hombre y luego cabalga hacia la puesta de sol.

Boyd: O tal vez es como aquel otro clásico, en el que un tío persigue a una ballena hasta los confines de la Tierra, solo para acabar ahogado en sus problemas.

Raylan: Tengo que admitir que hay una pequeña parte de mí que va a echar de menos esto cuando se acabe. (6.8)

En *Justified* las conversaciones no se escuchan, se mastican. Hay deleite en el habla, con diálogos irónicos, mordaces, escritos con dientes de sierra. Y el milagro es hacer pasar por natural y auténtico semejantes pitorreos; siempre sobrevuela un tonillo de autoparodia que hace digerible esta prosa de wéstern y frontera.

Ya lo anticipaba Nicky Augustine, enervado por la pomposidad de Boyd: «¡Tío, me encanta la forma que tienes de hablar. Gastas cuarenta palabras donde bastarían cuatro!» (4.11). Esa es la gracia, precisamente: diálogos y dinamita. Para qué liarte a tiros si puedes aprovechar para rememorar aquel astronauta que os visitó cuando vestíais pantalón corto e inocencia. Por qué enfrentarte con los esbirros de Theo Tonin si puedes convencerles de que es mejor que abandonen sanos y salvos, antes de que llegue la pasma. Gastas cuarenta palabras, sí, pero te ahorras unas cuantas balas. Es el estilo de *Justified*: multiplicar la tensión con palabras, no perder la calma, buscar el cuerpo a cuerpo, no arredrarse nunca.

Con verónicas así, tras seis temporadas se despide *Justified*, una serie con más calidad y entretenimiento que repercusión periodística. Un relato fulgurante, de esos que reclaman detener el capítulo para levantarse y aplaudir, capaz de arrancar secuencias memorables (estas doce muertes), de perfilar diálogos para tatuarse en el brazo, de generar GIFs para remirar con una carcajada durante todo un sábado o, incluso, para congelar las emociones que refleja el rostro de Givens.

Justified es una fiesta. Por eso tenemos que celebrarla regresando a Harlan, con vida, una y otra vez:

Boyd: ¿Me lo estás pidiendo o me lo estás ordenando?

Raylan: Si te hace sentir mejor, puedes decirle a la gente que lo pedí. (2.13)



Pulsa una moneda. ¿Qué es esto?

Tags destacada Elmore Leonard estados unidos FX Graham Yost Harlan Harlan County

Imprescindibles Justified kentucky new Raylan Givens series series de televisión series de TV series televisión series tv televisión Timothy Olyphant tv Walton Goggins